



CAPITULO VIII

Bucólica

**Y** á todo esto, dijo el capellán al otro día entrando cuando el sol estaba ya muy alto, usted no sabe con quién trata ni por qué le dirijo la palabra. Yo soy Eulogio Flores, llamado en el Seminario *La Toronja*, y vivo aquí como capellán que soy de este rancho con honores de hacienda. Tengo setenta y cinco años, pocas ilusiones, mucha indulgencia para las faltas ajenas y mucho rigor para las mías. Mi capital lo forman esta sotana que usted ve, dos mudas de ropa blanca, algunos libros de religión, el *Quijote* y el *Periquillo*. No soy conservador ni liberal; aunque gozaba de un beneficio pingüe, á mi prelado le pareció conveniente quitármelo á causa de que había confesado á un juramentado. Traté de defenderme, quiso hacerme decir si el penitente se había

retractado antes de morir, me rehusé por creer que eso era parte del sigilo confesional, y me quedé sin curato. Poco después, dos jóvenes á quien no habían querido casar por causa de las opiniones del varón, se presentaron ante mí mientras decía la misa, declararon que se tomaban por marido y mujer y yo dije que era perfecta la unión. Esto ha bastado para que me tachen de *colorado*, de *hachero* y de no sé cuántas cosas más. Ahora vivo aquí como capellán, por el favor que me quiere hacer señor don Alonso.

Ese día me levanté por mi propio esfuerzo, y me estuve en la ventana del cuarto contemplando el campo. Era domingo, los peones habían ido al lugar cercano, á proveerse de manta, de carne, de velas... y sobre todo de aguardiente.

A un tiempo mismo renacíamos la naturaleza y yo; ella pujante, lozana, manifestándose en forma de renuevos en los troncos, de yemas en las ramas, de nidos en las copas, de verdura en el suelo, de musgo en las paredes y de amor en los animales. Yo, que me figuraba casi muerto, sentía renacer nueva vida, conocía que algo desconocido brotaba dentro de mí, y me afianzaba á ello para recomenzar la existencia y vivirla con más brío.

Don Alonso llegó el lunes siguiente acompañado de su mujer y sus hijas. Era un rancharo bueno, simpático, de los de pan pan, vino vino. Su cara era de las que ya no

se usan ahora, que el tipo criollo se va perdiendo más y más todos los días. Era de color blanco, gran nariz, patillas á lo Iturbide, ojos zarcos, cara larga y gesto noble. Sabía de mi presencia en el rancho y lo había aprobado porque, decía, 'al fin á él el Gobierno no le mantenía ni tenía que andarle pidiendo pareceres sobre á quién había de recibir en su casa.

Su mujer, mi señora doña Eduviges, era el tipo de la dama de aquellos tiempos, franca, servicial, amante de su marido y de sus hijos. En sus juventudes, ¡ay! algo distantes, se puso el tápalo de tres vistas, el *bullarengue*, el *zorongo*, las medias de *la patente* y el zapato bajo; hay también indicios, y así lo refieren muy graves autores, de que la rancherita lució



como nadie el rebozo *calandrio* y el *ametelado*, las *puntas enchiladas* y el zagalejo de *castor*; pero todo eso se encontraba muy lejos de la buena señora, que se limitaba á vestir un antipático *túnico* de grano de oro, que le cubría desde la barba hasta los pies.

Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas* y vergonzosas, como si no hubieran visto otro hombre en su vida.

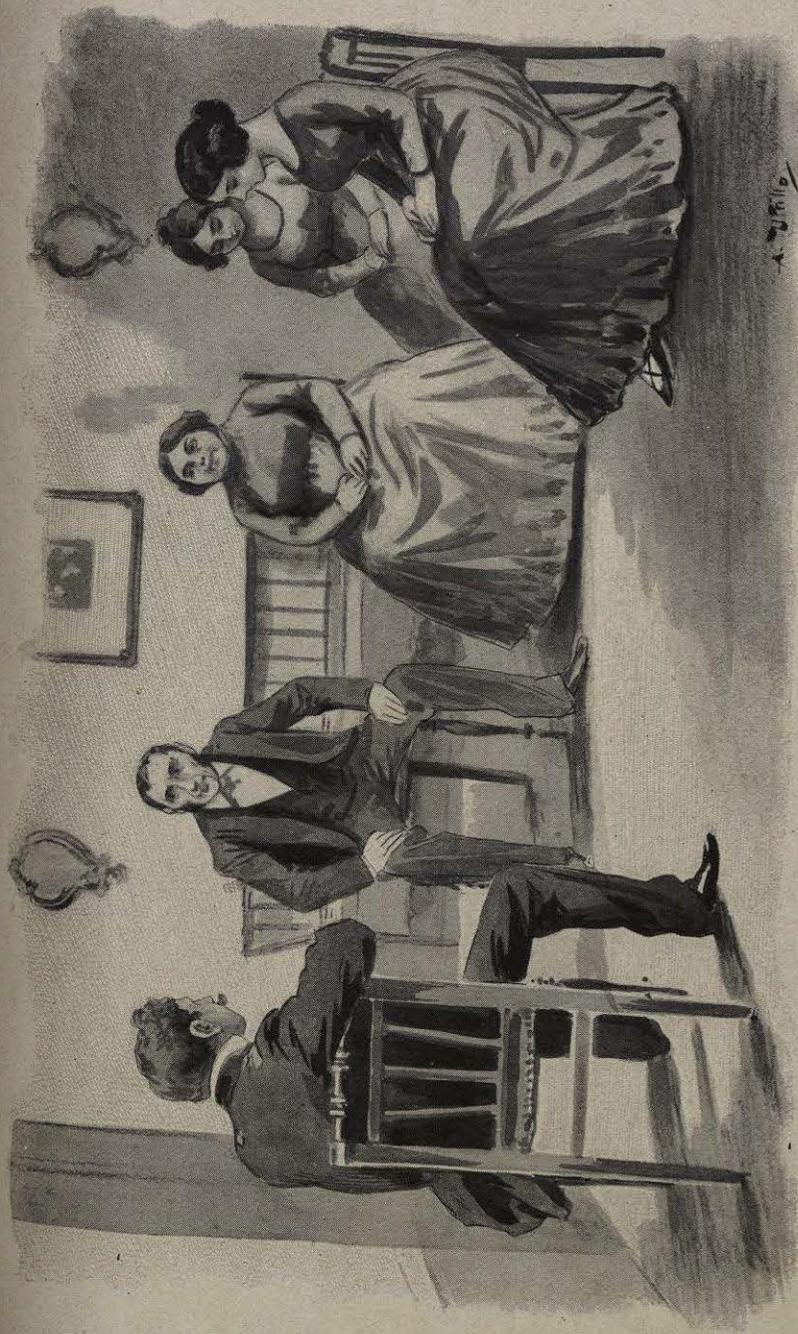
Cuando ya me sentí fuerte, don Alonso me dijo una noche:

— Mañana, con la fresca, se va usted á reconocer este rancho, que es suyo; no es grande, apenas un sitio de ganado mayor, otro de menor, y tres caballerías; pero, en cambio, no me quejo de él; tiene montes, tierras de regadío y de labor, agua bastante, su molino y su magueyera. Yo no podré acompañarle, porque tengo que ir al pueblo; pero irá con usted Guadalupe, mi mozo de estribo, que yo sé le dejará contento. Con que á descansar, y prepárese á darse una *argollada*.

A las tres me tocó la puerta el muchacho. Como dormía desde las ocho, desperté listo y avisado.

— Amo, *alevántese*, que ya salió la *guía* y no tarda el *lucero*. Está chula la mañana; si se da prisa, largamos al sol y no viene á calentarnos hasta más allá del monte de la Taponá.

En un periquete me puse en pie y llegué á la puerta cuando todavía era noche cerrada.



Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas*...

— ¿No decías que era ya de mañana?

— Sí, *siñor*; y como el amo me dijo que *dispertara* á la buena persona de usté á la muy mañana, *ansina* lo hice.

En el patio estaban atados dos caballos, uno de bonita estampa, otro *chaparrón*, peludo y de recios corvejones. Monté en el *Comanche*, como se llamaba el *cuaco* que me destinaron, y Guadalupe se *horquetó* en el chiquitín y feucho.

— No más me dice por *ónde*, amo.

— ¡Qué te voy á decir, hombre, si tú eres quien va á guiar!

— *Asigún* eso, vamos á *vesitar* el rancho. *Pos ampezaremos* por el ojo de agua del *Perverso*, seguiremos por lo de *Soto*, nos meteremos por *Juanchorena*, de allí cogemos de *jilo* por la *Treseña* pa bajar *endilgaos* á comer al potrero de Santos Elórtegui.

— Tú mandas; yo no sé nada de eso.

— Pos á caballo, mi amo. Le ruego á su buena persona tenga cuenta con el *andantito*, que *unque* es un burro, con *enmienda* de usté, tiene su brío, y de que se *aplasta* á los reparos, es cosa que tumba hasta á Santo Santiago... No más no le clave las espuelas ni le *anséne* la cuarta porque mide sus tierras. Yo ya sé que su *mercé* es *melitar* y que ha de haber *montao* pencos de condición; pero hay caballos mañosos y *paresos* no vale la *cencia*, porque le *comen el trigo á cualquiera*.

Arrebujados, yo en mis mangas azules y el mozo en su *gabán* del Saltillo, *embrocado*, salimos al *tranco* de las bestias. Guadalupe compuso un cigarro tirando de la hoja, que asomaba por entre el sombrero y la frente, sacó el eslabón, encendió el pitillo y empezó á cantar. Unas veces eran *mañanitas* como

Chula la mañana,  
Chula la mañana,  
La mañana chula...

Son las tres de la mañana,  
Ya viene alboreando el día;  
Acaríciame, tirana,  
En tus brazos, vida mía,  
Hasta que toque la diana  
El dos de caballería...

Saludemos con gusto, señores,  
Este día de placer tan hermoso;  
Don Juanito se encuentra gozoso  
Y contento su fiel corazón.

Otras veces eran cancioncillas melancólicas, ó *sones abajeños*, que se dicen al son de un arpa enorme:

Palmero, sube á la palma  
Y dile á la palmerita

Que si ya sabe de amores  
Oiga á quien la solicita.

Eres arenita de oro,  
Te lleva el agua,  
Te lleva el río,  
*Asina* se va llevando  
Tu amor al mío  
Tu amor al mío.

¡Ay, ay, ay qué malo estoy,  
Ay, ay, ay cuánto me duele!  
¿Dónde encontraré un ay ay  
Un ay, ay que me consuele?

O picarescas como:

Si porque viste de *curro*  
Cortar quiere ese clavel,  
Sepa, hombre, que no es la miel  
Para la boca del burro;  
*Güela* y aléjese de él...

Estoy que de frío reniego  
Y de un colchón tengo gana;  
Trasquila, *mi alma*, al borrego,  
Que yo *variaré* la lana  
Y verás la obra que *entriego*...

Estando en San Juan Capire  
 Me dijo una capireña:  
 Si me ve con mi marido  
 No me haga ninguna seña.

Como lo había dicho el mozo, sentimos el sol cuando bajábamos la cuesta de la Taponá, entre madroños, robles y retamas.

— Amo, con su permiso aquí me bajo á coger tantita yerba del cáncer, gordolobo y yerba de la golondrina pa curar un pasmo. *Aspéreme* un poquito.

Estuve parado descansando sobre la cabeza de la silla, los pies salidos de los estribos y la barba en la mano, viendo el horizonte inmenso que ante mí se desenvolvía: el dombo azul del cielo cubriéndolo todo, unas cuantas nubes, verdaderos copos de algodón, navegando á voluntad del viento; luego montañas oscuras; en seguida, chozas de pastores, manadas de caballos ó de vacas, y abajo la llanura verde, lujuriosa, mostrando sólo, como remiendos en el recamo de un manto real, de trecho en trecho, *cuamiles* agostados de yerba amarillenta y parásita...

— ¿Y tú eres de aquí, Guadalupe?

— Criollo y nacido, *señor* amo. Mi *señor* padre era de San Julián, una hacienda á las seis leguas; pero como casó con mi *señora* madre, yo me crié aquí, en terrenos de *señor* don Alonso.

— ¿Y eres casado?

— No, amito; me ando camelando á una muchacha, la hija de *ñor* Gregorio Quintero, el de la estancia de los Delgadillos, para ponerme en *graciediós* con ella; pero hasta ahora estoy *ingrimo* y sólo como la pluma en el *aigre*; ¡alabada sea su Divina Majestá!

— ¿Y tus padres?

— Los dos murieron; mi *señora* madre se sepultó por estas *pixcas* hará dos años; mi padrecito falleció de un *acidente* que le vino de que al andar coleando se *trompezó* con una piedra su caballo, y la botó tan alto con perdón de usted, que aunque le echamos *fresadas* y *gabanes* pa que no le diera un *aigre*, quedó *insultao* y como *bienaventurao*.

— ¿Y estás contento en el rancho?

— *Algáme*, amito, ¿cómo *nabía* de estar, si *señor* don Alonso es la puritita miel en penca? Aquí no hay cepo, ni tienda de raya, ni castigos á la gente; aquí el que *quere* estar es porque se le antoja, no porque lo tienen, ¡bendito sea Dios!

Conversando así recorrimos plantíos, potreros, estancias, el molino y la huerta.

— Esta tierra prieta, me advertía Guadalupe, da trescientos por uno; tiene un migajón *palabar* á Dios.

— En ese potrerito, cerca del río, se dan las sandías más famosas.

— En aquel llanito nacen unas milpas, en que se pierde un cristiano *contoi* caballo.

— Esa barranca se llama del Gato, porque hay unas peñas *resbalosas* como jabón en que viven gatos monteses, águilas, tigres y no sé qué *jais* de animales coludos que dan unas mordidas que Dios me guarde.

A veces olvidaba su papel de cicerone y me preguntaba por las cosas que yo había visto.

— Y dígame, amo, dispensando su mercé, ¿*ezque* México está *sentao* en agua y que abajo hay *ilesias* con campanas y padres y todo, que se miran el jueves santo, cuando baja la laguna?

— ¿*Ezque* las gentes comen tamales de tripas de *pescao* y beben puritito pulque porque l'agua hace daño?

— ¿*Ezque* el caballito de *Trioya* se está haciendo de oro de tanto que le ha *dao* el sol?

— ¿*Ezque* la *catredal* es tan grande, que se miran las gentes chiquititas, como ora la hacienda de Navajas?

— ¿*Ezque* hay tantos coches que *pa* pasar de una calle á otra se necesita hasta tres horas?

Satisfacía la sencilla curiosidad del campesino, y cuando le invitaba á ver esos primores, me respondía:

— No, amito; *estátelo con tu nana y no lo mal impliés*. Si yo soy de aquí, ¿qué voy á hacer á lejos tierras, *onde* ni me conocen ni nada y es capaz que me ponga *trasijao*, con las tripas pegadas al espinazo y la lengua arrimada

á la *pader* de no echar nada á la barriga? No, salir de mi tierra será *lúltima* droga que le haré al diablo, con perdón de su buena persona.

Cuando llegamos á la casa nos esperaban el patrón y las niñas sentados en sendos *equipales*.

— ¿Qué tal? ¿se divirtió el señor de Pérez?

— ¡Encantado, señor! la propiedad es preciosa y le felicito por ella.

— Pues está á sus órdenes, amigo. Si Dios me da vida, aumentaré los lienzos de cerca, pondré otros *bordos* para regar cien fanegas más, meteré ganado texano y haré otras cosas. Y ahora, vámonos á rezar, que el padre don Eulogio está queriéndose dormir.

Rezamos el rosario con su acompañamiento de sudarios, estaciones, plegarias á este santo y al otro, y cuando concluimos, criados é hijos pidieron la mano al padre Flores.

Y luego, á dormir hasta el día siguiente.

Vivía los días de paseo á pie y á caballo, comiendo bien, durmiendo mejor y engordando á ojos vistas. El tiempo se pasaba jugando tute, brisca, malilla callada, conquián, porrazo y burro castigado y sin castigo. Don Eulogio, gran punto en ajedrez, reñía desde el caer la tarde largas y formidables luchas con el castellano de aquel castillo, mientras los criados, la señora y las niñas contaban desde otros ángulos de la sala cuentos de apa-



recidos ó ejemplos piadosos. Era gracioso oír mezclado:

— Jaque á la reina. El peón del *arfil* del rey, dos casillas.

— Dispéñeme, señor cura; pero su mercé no sabe de la misa la media.

— Cuando Taide estaba emparedada no cesaba de preguntar entre lágrimas...

— Tilín, tilín, ya voy llegando á los pies de tu cama... Daca mi asadura...

Generalmente este grupo era el mío. Allí saqué á re-

lucir los famosos cuentos de *La Llorona*, de *La Pachona*, de los llanos de *Hermelinda* y las casas de *quiquiriquí* y de la *Campana de oro*, terminando con el del niño á quien mataron sus hermanos y que convertido en flor gemía:

Pítame, mi cedacero,  
Pítame con grande amor;  
Mis hermanos me mataron,  
Soy espina de la flor.

Pero conocía que estaba allí de más, que mi vida no podría prolongarse en aquella bienaventuranza abreviada, y un día, con muchos circunloquios, pedí licencia al buen campesino para salir de nuevo á tomar mi antiguo ejercicio.

— Sí, amigo, me contestó el viejo, hay gentes hijas de la mala vida, y una de ellas es usted. ¿Quién le corre ni quién le echa de aquí? Allá va á pasar hambres por esos caminos en vez de estarse aquí donde tan bien se le quiere... Pero, lo cierto es que ni yo le traje ni yo le echo; sus amigos me le endilgaron acá y mi obligación es no dejarle ir hasta que el médico declare que ya está bueno y sano... Pasado mañana viene Herrera y Cairo, y él le dará ó no la licencia que quiere para marcharse á correr aventuras.

Efectivamente, á los dos días llegó el médico, que era

joven, guapo, alegre y decidido. Las muchachas lo recibieron en palmitas, la señora comenzó á consultarle acerca de sus eternos vapores y á preguntarle qué tal le vendría el agua de *contra latido*.

Cuando nos quedamos solos con él las muchachas y yo, don Ignacio dijo dirigiéndose á mí y hablando de la mayor de las niñas, Leonorcita:

— Aquí tiene usted, señor La Llana, á la prometida de un amigo á quien usted y yo queremos mucho, de Miguel Cruz Aedo.

La muchacha se tapó la cara con el delantal y yo repliqué:

— Pues ya me explico por qué la señorita tenía tanto empeño en saber si se corren riesgos, y si era muy valiente el amigo Miguel.

— Pues haláguele usted el oído, que en nada carga su conciencia diciéndole que Miguel es uno de los muchachos más buenos y más guapos que visten uniforme.

El examen no fué favorable; pero dispuso Herrera que me quedara en la hacienda por lo menos otro mes, pues corría riesgo inminente de recaer.

— Déjese usted querer, que al fin y al cabo, en la profesión de usted no caen muchas de estas en libra; aguántese unos días, y cuando ya esté sano, se va á correr montes y montañas, á buscar *mochos* y traidores.

Una mañana de las primeras de Mayo, Guadalupe me

dijo preguntaba por mí un mozo que, al parecer, traía negocio urgente. Convencido el hombre de que era yo la persona que buscaba, me entregó un pliego en que reconocí la escritura ancha y resuelta de Cruz Aedo. La carta decía así:

Sayula, Mayo 6 de 1858.

SR. D. JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

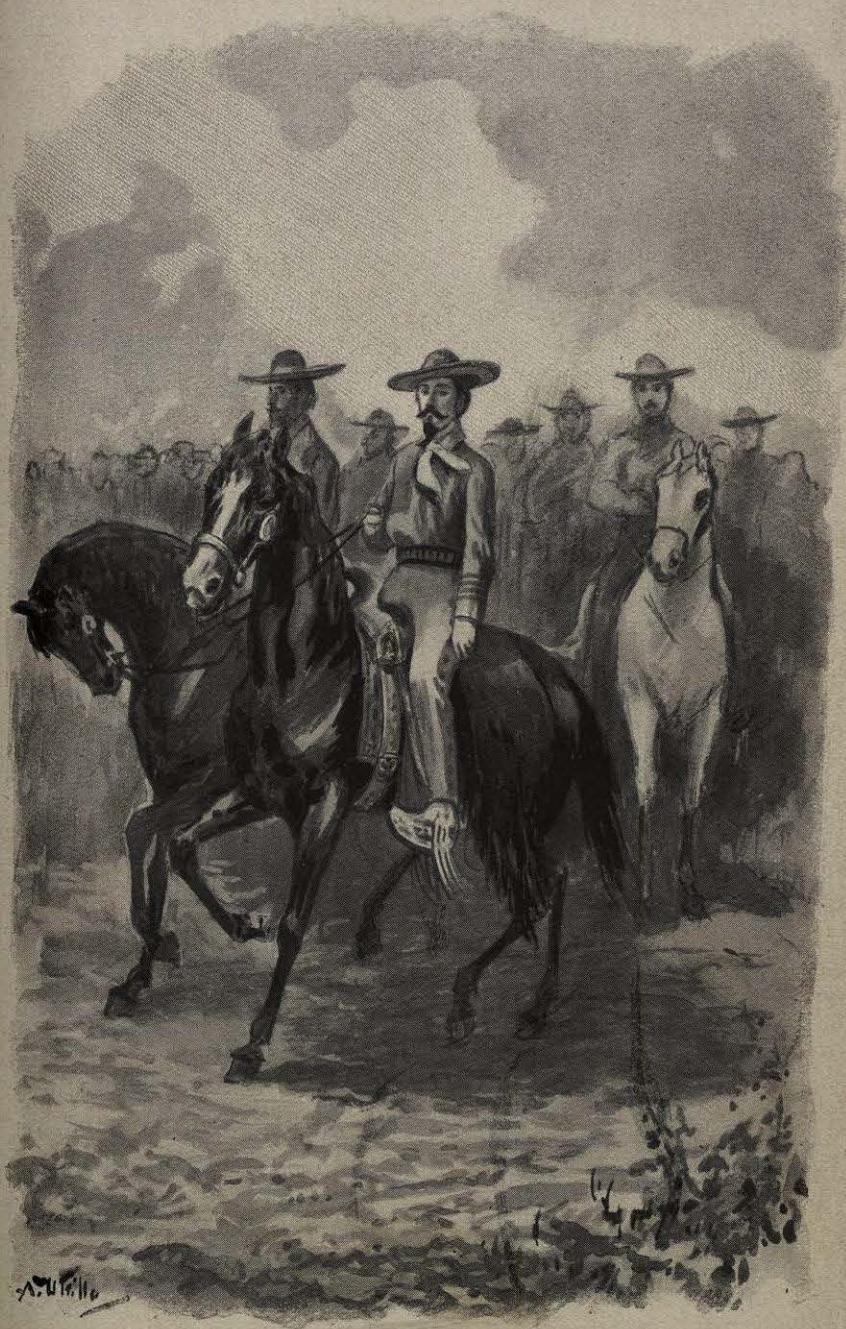
*Hda. de San Antonio.*

Mi querido Juan: A pesar de tu herida en la cabeza y de tu semi-muerte, eres á la fecha una de las personas á quien más envidia y he envidiado. Habitar bajo el mismo techo, hablar frecuentemente y hasta poder tocar la mano de la criatura más guapa de la República mexicana é islas adyacentes, no debía estar reservado á ti, hombre sin átomo de sensibilidad, sino á un sujeto como yo, que soy lo más rendido que se puede dar. Pero, por lo menos, ya que no puedo transformarme en tu persona ni substituirte, es bueno que te conviertas tú en mediador de estos *amores caseros*.

En serio, puedes creer que me encuentro *ferido de punta de amor*, y que, si Dios no lo remedia, aquí me voy á ver obligado á anclar para siempre. Te mando una cartita para que la pongas en manos de la niña, y si puedes recoger la respuesta, harás el servicio cabal.

De asuntos políticos tenemos novedades. No todo ha de ser *muera, muera*; algún día se había de *hacer la chica*, y, ó mucho me equivoco, ó la salvación ha de venir del Norte. Al lado de Vidaurri hay un joven valiente, audaz, de mirada certera, hábil en todas las combinaciones, conocedor de la topografía del país, y capaz de los golpes más tremendos y aventurados.

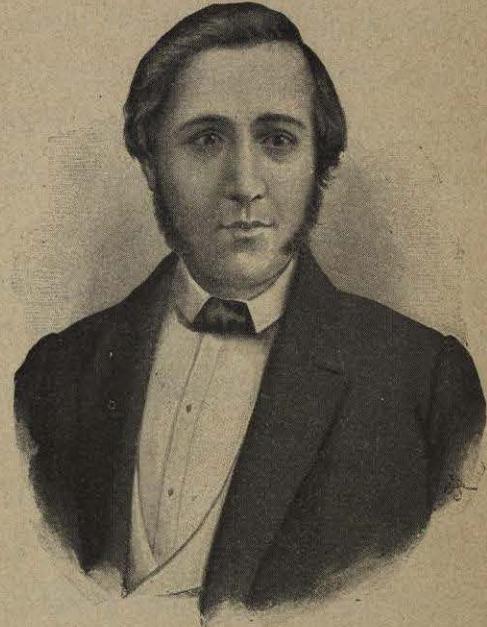
Su teatro ha sido el desierto, su escuela la guerra contra los bárbaros, su amor la hostilidad franca y declarada al enemigo. Dotado de puntería admirable, de actividad nunca vista, de decisión á toda prueba, tiene equipado un cuerpo de tropas que es el asombro nuestro y el terror de los enemigos. Vestidos con blusas rojas y pantalones de piel de venado, tocados con sombreros de anchas alas y montando caballos ligerísimos, criados en las soledades de Nuevo León y Coahuila, manejan el rifle y la pistola con la seguridad que manejarían un instrumento matemático. Su alimento lo llevan consigo en las *cantinas* del caballo ó en la punta del agudo cuchillo de monte que traen á la cintura. Se movilizan con habilidad nunca vista, y pueden hoy estar aquí, mañana dar un *albazo* á las treinta leguas, cooperar al otro día á una batalla campal, á los quince incendiar un albergue de reaccionarios en lo más fragoso de un monte, y tornar á los seis días á su punto de partida para seguir incansables, tenaces, activísimos, la lucha por la libertad, cuya causa han



Son los guerrilleros ideales...

abrazado. Tienen las ventajas de la infantería, y no su pesadez; las de la caballería, y no su precisión de marchar en grandes masas. Son los guerrilleros ideales, los guerrilleros que han de cambiar la faz de nuestras cosas; son los *tagarnos*, en fin.

Juan Zuazua, como se llama el jefe que manda á esos valientes, acaba de destrozar á las tropas de Miramón en el puerto de Carretas, y aunque el general reaccionario se ha atribuído el vencimiento, lo cierto es



D. JUAN ZUAZUA

que dejó en el campo quinientos ó seiscientos muertos, la tercera parte del total de sus tropas, muchos infelices heridos y gran cantidad de material de guerra.

Como si hubiera querido desmentir las fanfarronadas de los *mochos*, cuando se le juzgaba derrotado, atacó á Zacatecas, tomó la Bufa, donde se habían refugiado los conservadores, cogió presos á Manero, Aduna, Drechi, Antonio Gallardo, y Landa, nuestro viejo conocido.

He tenido en las manos la carta que el pícaro Landa

dirigió á su mujer, Elena Castro, á quien tú conoces bien, y la verdad es que me ha conmovido. Pero si queremos destruir la mala semilla, necesitamos *arrancar diente y dolor*. Estamos en la brecha y es menester decidirse á matar ó á que nos maten; es triste que hijos de la misma patria se destruyan como los judíos en Jerusalén; pero no hay conciliación ni arreglo posible entre lo viejo, lo caduco y lo abusivo que ellos representan, y lo nuevo, lo luminoso y lo grande que representamos nosotros. La suerte está echada y hay que aguardar á que se decida.

Hablé al señor Degollado de tus buenas partes, y quiere que te vengas con nosotros; pero antes desea realices un servicio de importancia. Como tú eres originario del rumbo de Lagos y conoces ese camino á las mil maravillas, quiere acompañes al coronel don Miguel Blanco, que debe venir en estos días, no sólo para indicarle el camino, cosa que podría hacer un peón, sino para que sirvas de intermediario entre los rifleros del Norte y los soldados del interior, cosa que pocos pueden hacer. ¿Qué te parece la comisioncilla?

Ahora bien, oh Juan Pérez, espejo de los caballeros, modelo de los políticos, desesperación de los militares, amor de las muchachas y coco de las viejas, sacude la inercia, deja las ociosas plumas y vete á la guerra y á la diplomacia, que son tus elementos. ¡Dios te gué y

Jesús Nazareno, patrón de tu pueblo, te dé ventura en lides, gloria en amores, placer en la bonanza y resignación en la adversidad!

Tuyo hasta la muerte, tu hermano

MIGUEL.

Al día siguiente anuncié á don Alonso mi firme voluntad de marcharme dejando las ollas de Egipto de su casa.

— Hombre, pues de veras es usted cargante, me dijo haciendo alarde de mal humor; si el doctor ha dicho que no-pue-de-us-ted-sa-lir-an-tes-de-un-mes. ¿Me ha entendido?

— Sí, señor; pero tengo asuntos...

— Bueno, hombre, bueno; ¡váyase bendito de Dios!.. No más el día que le traigan con la cabeza hecha una olla rajada, no pretenda que lo reciban aquí... Al arroyo se va á dar, que en esta casa no hay gentes mal agradecidas.

— Aquí y no más aquí he de venir, porque sólo aquí me encontraré pechos cristianos y gente buena. Y en cuanto á lo de mal agradecido, será lo que tase un sastre: por usted que es el amo y hasta por el último perro de esta casa, estoy dispuesto á dejar cuanto tengo.

— Sí, hombre, sí; haya farolón... No es lo mismo *decido* que *acido*. Y se retiró refunfuñando, todo encor-

vado, y haciéndose aire con un gran pañuelo de yerbas.

El padre don Eulogio me miró con rabia:

— ¡Hombre, me gusta! conque ahora que empezamos á tenerle ley y á quererle, se larga usted con esa frescura! ¡Vaya con el niño! ¿Y qué va á hacer entre la tropa, á que le perviertan su buen natural y le vuelvan un mal sujeto, blasfemador y ateo? No se ría, que es cosa seria; como si los ejércitos se compusieran de puros angelitos del Señor... ¡Vaya si los conoceré yo, que he estado entre ellos, cuando acompañé á mi amigo Paredes Arri-llaga desde Guadalajara hasta Pénjamo! ¡Jesús, y las cosas que vi, las atrocidades que oí y las infamias que ante mí pasaron! Pero, vaya, vaya; que todo sea para bien y que Dios nuestro Señor lo lleve por buen camino.

Leonorcita recibió la carta con resolución.

— Sí, ya sé que Miguel anda en la guerra con Ogazón y que están todos contentísimos de él. Que crezca, que sea feliz, que llegue á donde ha de llegar, que al fin el Señor de la Penitencia le ha de salvar de peligros, como se lo tengo pedido. Lo único que me amarga el gusto es pensar que no nos podrán casar por la Iglesia si no vamos á coger de sorpresa al sacerdote, como cuenta el padre don Eulogio que hicieron con él. Pero yo estoy dispuesta á todo; mi suerte hizo que quisiera á un *chinaco*: pues suya seré á pesar de todos los pesares. A mis padrecitos, ni por aquí les pasa lo que tengo yo pensado, y

cuando lo sepan van á tener una mohina que ya! ya! pero ¿qué remedio? Dígale á Miguel que no le mando más que este papelito, porque no tengo libertad de escribirle largo; y luego que escribo tan mal... Mis padrecitos no quisieron que me enseñaran, porque no me comunicara con el novio... Apenas tres veces me echó renglón el *maistro* don Modesto Pérez...

La señora nada dijo; se limitó á prepararme para bastimento una cantidad tal de capones, *panelas*, requesones, mantequillas, lomos y *cajetas*, que habría bastado para cargar una bestia mediana y dar de comer á una docena de hambrientos, no sólo á mí, que estaba tan bien cebado.

